

Experimentación con animales

(Extractos del libro **La revolución vegana**)
Joseph de la Paz

Perjuicios a la salud humana de la experimentación en animales (Parte 1: La revolución necesaria - Por nuestros cuerpos)

Los perjuicios de la explotación animal sobre nuestra salud no se limitan a lo que comemos. Nuestro desprecio por la vida de otros animales también nos cobra un alto precio en el ámbito del desarrollo médico.

La experimentación en animales, considerada un paso indispensable para el estudio y la aprobación de nuevos medicamentos y tratamientos, es una práctica retrógrada y un lastre para el avance científico. Simplemente se cierran los ojos ante las diferencias fisiológicas, psicológicas y circunstanciales entre los animales de laboratorio y los humanos en libertad.

Algunas diferencias, más allá del aspecto, son evidentes. Las ratas, por ejemplo, son los animales más utilizados en investigación. Cada hora se publican en el mundo una docena de estudios que involucran ratas, todas ellas seleccionadas genéticamente. Estos animales carecen de bazo, un órgano cuya importancia en numerosos procesos del cuerpo está reconocida. Los factores psicológicos, los cuales sabemos hoy que son fundamentales para el éxito o fracaso de cualquier tratamiento, cambian claramente entre animales encerrados en laboratorios y humanos del siglo XXI. También otros condicionantes del entorno como la polución, el ruido, la exposición al sol o los aditivos químicos en la comida —como el popular E401— alteran las condiciones básicas que deberían ser similares para dar validez a las conclusiones científicas que luego sirven para recetar medicamentos “seguros” a la población humana.

Sólo en los EE. UU., se atribuyen más de 106 000 muertes anuales a reacciones adversas a medicamentos (ADR), lo cual las convierte en [la cuarta causa de muerte](#) en ese país. Son los mismos medicamentos desarrollados a través de experimentos en animales y que, por ley, deben probarse numerosas veces en animales de laboratorio para cerciorarse de su efectividad.

La inexplicable tozudez del hombre por aprovechar su capacidad de experimentar con animales también demora la solución a problemas de salud graves y urgentes. La fe ciega en los modelos de investigación en monos, por ejemplo, entorpeció la lucha contra la polio. Según una declaración en el Congreso americano del [Dr. Albert Sabin](#), creador de la vacuna oral contra la polio, al observar casos de monos infectados, se concluyó que la infección se llevaba a cabo a través del sistema nervioso, cuando en realidad, en los humanos, la principal vía de contagio era el sistema gastrointestinal. Así se perdieron años en el desarrollo de la vacuna y se alargó el sufrimiento, no sólo de los monos, sino de familias enteras en todo el mundo.

El Dr. Jerry Vlasak, durante su primer año de trabajo como residente de cirugía en EEUU, fue animado por sus colegas a experimentar con animales para avanzar en la profesión. Pasó un año practicando la vivisección y visitando laboratorios de animales de todo el país. Fue una experiencia “alucinante” y pasó página. Años después, escribió: “Aprendí que el 85% de todos los datos recogidos en los experimentos con animales era literalmente tirado a la basura porque era inútil para todos, humanos y no humanos; ni siquiera se publicaba, y menos aún era usado para ayudar a la gente. Del resto, casi todo era considerado de utilidad nula para la salud humana. ¿Y ese 1 ó 2% de información que quizás, algún día, podría ayudar de alguna manera a alguien? Esa información se hubiera podido obtener de manera más exacta y barata usando métodos modernos, progresivos y sin animales”.

La práctica científica de probar medicamentos y tratamientos diversos con animales para deducir su conveniencia para los seres humanos está quedando obsoleta, al entender que las diferencias fisiológicas y anatómicas entre los humanos y los demás animales son demasiado importantes como para extrapolar los resultados. Los únicos avances verdaderos que se han conseguido han sido gracias a que fueron probados gradualmente en pacientes que sufrían los síntomas que se querían tratar.

En la actualidad, está demostrado que probar un medicamento con animales no sirve para verificar su eficacia, ni puede indicar los peligros de su uso con humanos. Sirve para tener una coartada en caso de demanda contra la empresa farmacéutica y justamente por eso es peligroso. Se puede recetar un medicamento nuevo a millones de personas tras haberlo probado en varios miles de animales sin detectar peligro alguno, y después comprobar que en los humanos tiene un efecto secundario dañino.

No podemos pretender por un lado que somos diferentes y superiores al resto de miembros del reino animal, y por otro, torturar, experimentar y matar a millones de animales bajo la premisa de que, al tener ojos, tráquea, corazón, hígado, nervios etc., son parecidos a nosotros y podemos aprender de su sufrimiento para mejorar nuestra salud. Esta hipócrita y absurda realidad nos hace daño también a nosotros, y no sólo a los millones de animales indefensos en laboratorios.

Lo explica de manera contundente el Dr. Richard Klausner, investigador animal y exdirector del Instituto Nacional de Cáncer (EEUU): “La historia de la investigación del cáncer ha sido una historia de curación del cáncer en las ratas. Hemos curado a ratas con cáncer durante décadas y simplemente no funciona en humanos”.

Las soluciones a los problemas del cuerpo humano no se encuentran en los cuerpos de otros animales.

Animales para la experimentación (Parte 1: La revolución necesaria - Por los animales)

Nos hacen creer que los experimentos con animales son necesarios porque ayudan a salvar vidas humanas. Incluso la persona que más simpatice con el sufrimiento de los animales en las granjas industriales, frunce el ceño extrañada ante el argumento de que hay que poner fin a la experimentación con animales: ¿Pero es que no vale la pena sacrificar la vida de unos pocos ratones o conejos a fin de encontrar medicinas que salven la vida a millones de personas?

Cualquier forma de explotación conlleva un acto de inmoralidad, sea cual sea el resultado obtenido. De todos modos, el nulo aporte y enorme perjuicio de la experimentación animal con respecto a la salud humana ya ha sido señalada en páginas anteriores. Por otro lado, el intento de minimizar las dimensiones de la barbarie que tiene lugar en laboratorios del mundo entero es engañoso.

Nada más lejos de la realidad.

Se estima que cada año, mueren [500 millones de animales](#) en laboratorios del mundo entero; esto significa que cada segundo mueren más de 15 animales en algún lugar del mundo. A final del día, más de 1,3 millones de individuos habrán perdido la vida y la mayoría de ellos lo hará tras sufrir de un modo apenas concebible para el hombre. Prácticamente no hay especie conocida en la naturaleza con la cual no se haya experimentado, pero principalmente se trata de ratas, ratones, conejos, ranas, monos, perros y gatos.

La inmensa mayoría de los experimentos tiene como principal fin satisfacer la curiosidad de científicos de segunda fila, faltos de recursos económicos, que aprovechan la experimentación con animales para recaudar financiación, darse coba y paliar su falta de experiencia científica. Es un método común e ideal para iniciar una carrera científica y publicar los primeros artículos en medios científicos. Además, los experimentos con animales, cuyos resultados son casi siempre fácilmente predecibles, son muy cómodos para las empresas que los fomentan y son utilizados para justificar el uso de ciertos productos o para cubrirse las espaldas en caso de problemas.

Sin embargo, la nula utilidad de estas prácticas está demostrada y según un gran número de investigadores, son un lastre para el progreso científico y tecnológico. ¿Alguien puede señalar algún avance, algún medicamento que salve vidas humanas que haya sido desarrollado gracias a la muerte de pequeños animales inocentes?

He aquí algunos datos estadísticos recogidos por la Iniciativa Ciudadana Europea (ECI) Stop Vivisection:

Alrededor del 60% de los animales son usados para la farmacología, repartiéndose el resto de la siguiente manera: investigación médica (estudio de enfermedades), pruebas sobre cosméticos, investigación de enfermedades psíquicas, investigación militar y enseñanza. Las pruebas de toxicidad están presentes en todas estas categorías y representan alrededor del 75% de todos los experimentos sobre animales. El 60% de estos experimentos se efectúan en laboratorios privados, el 33% en las escuelas de medicina y en las universidades, mientras el resto se hace en organismos públicos.

A los animales se les amputan las cuerdas vocales, son sometidos a envenenamiento, quema, ceguera, hambruna, mutilación, congelación, lobotomía parcial o total, electrochoques e infecciones virales que no sólo afectan a los animales. El 70% de los experimentos se practica sin anestesia y el 30% con simple anestesia parcial.

Los experimentos con animales se realizan al fin y al cabo con nuestro dinero (financiación pública, empresas privadas a las que compramos sus productos, donaciones para investigación) y con nuestro inocente e ingenuo apoyo, al creer que estamos ayudando a salvar vidas humanas, o al menos a que la ciencia avance. Pero nos están tomando el pelo. Veamos algunos ejemplos:

El test Draize de toxicidad aguda. Ideado en 1944, el procedimiento consiste en aplicar medio gramo de la sustancia probada en el ojo o en la piel de un animal sujetado y consciente. Normalmente se realiza con conejos albinos o con perros. Se espera al menos 10 minutos antes de liberar al animal o enjuagarle la zona irritada. Si luego el animal sufre demasiado o está gravemente enfermo, se le practica la eutanasia. Si parece recuperarse, se vuelve a experimentar con él.

El test de dosis letal mediana, conocido como DL50. Se prueba la toxicidad de un producto, generalmente cosmético, hasta descubrir cuál es la dosis que mata al 50% de los individuos que participan en el experimento. Suelen participar al menos 200 animales para que tenga validez, y existen diversas variantes según el método de intoxicación (oral o por contacto con la piel), o el porcentaje “deseado” de muertes para concluir con “éxito” el experimento.

En miles de otros casos, se realizan experimentos del tipo: “¿Qué pasa si...?” Se vierten sustancias tóxicas y ácidas sobre varios tipos de animales para observar su reacción. Se incrusta todo tipo de objetos y órganos dentro de cuerpos de animales para ver qué

pasa. Se extirpan los ojos u otros órganos para medir la capacidad de reacción del animal. Se cosen ojos de recién nacidos para estudiar cómo se desarrolla su visión en el ojo no cosido. Se implantan órganos de un animal en otro de otra especie para estudiar la reacción. Se prueba la capacidad de resistencia de animales ante condiciones extremas de frío, calor, ruido ensordecedor o falta de sueño.

En otros casos, se hacen estudios del aprendizaje del canto en aves, el cual varía de especie en especie, mediante separación filial, uso de grabaciones de la misma y otras especies o subespecies y amputación timpánica a distintas edades para así medir cuál es la retención (o “cristalización”) del canto en línea temporal continua.

En definitiva, a menudo la experimentación con animales simplemente sirve para eso: para experimentar; sin ningún tipo de consideración por el sufrimiento del individuo. Hacemos cosas que no serían aceptables de hacer con humanos, pero con otros animales se puede porque su vida tiene menos valor que la nuestra.

El Prof. H. Harlow, famoso viviseccionista especializado en primates, declaró en una entrevista a la revista Pittsburgh Press Roto en 1974: “Lo único que me importa es si los monos muestran síntomas que puedo publicar. No siento ningún afecto por ellos. No me gustan los animales para nada. Desdeño a los gatos. Odio a los perros. ¿Cómo le pueden a uno gustar los monos?”

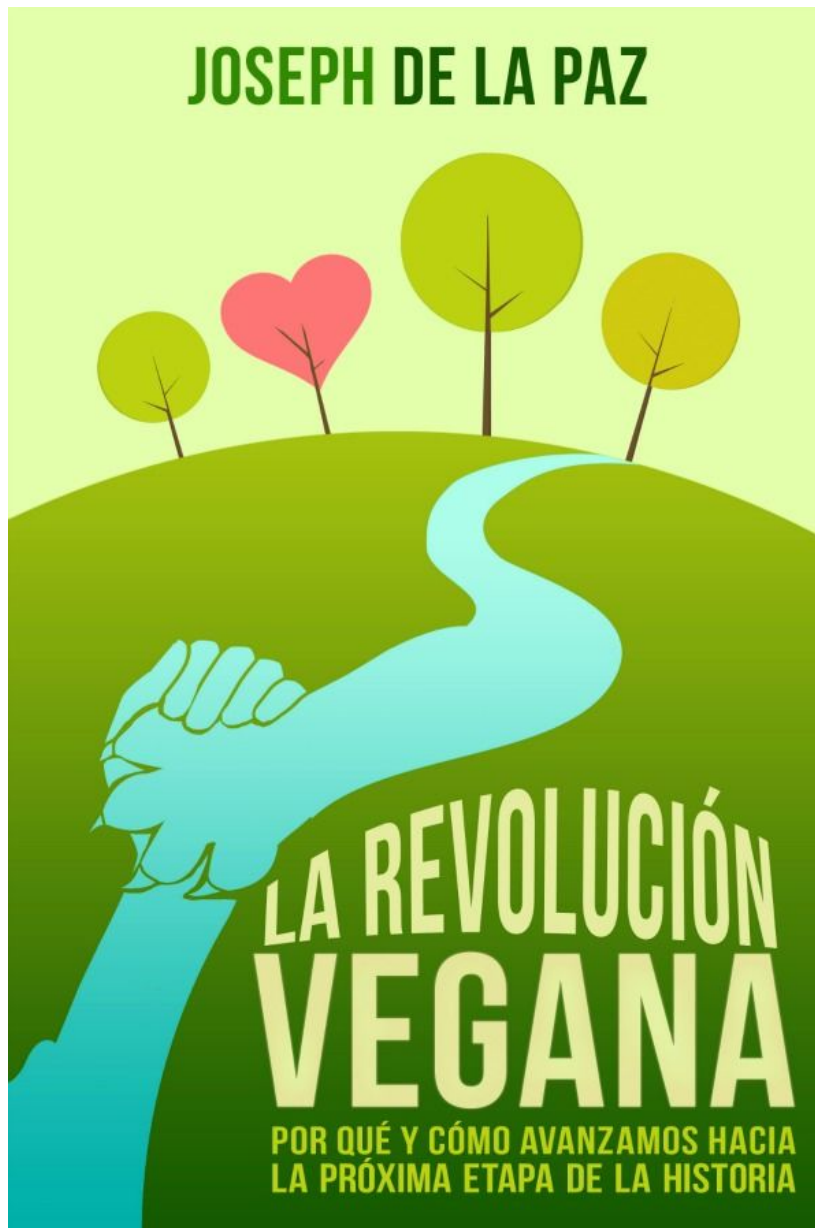
Los experimentos con animales en laboratorio no sólo son una práctica cruel e inútil para la ciencia. De hecho, son uno de los mayores lastres para el progreso y la verdadera expansión del conocimiento.

Las empresas farmacéuticas y cosméticas lo saben pero no tienen interés alguno en debilitar [un negocio que mueve más de 300 y 250 mil millones de dólares al año](#), respectivamente. La experimentación con animales les sale barata, cuenta con grandes ayudas gubernamentales (el gobierno federal de los [EE. UU. dona 16 000 millones de dólares al año](#)) y cuenta con el beneplácito de la mayoría de la población que cree inocentemente que esta práctica es necesaria por el bien de la humanidad.

Pero en el fondo, la práctica de experimentos con animales también es un peligro a largo plazo para los propios humanos. Ya lo demostraron los médicos nazis, con el Dr. Mengele a la cabeza. Cuando de repente, por circunstancias determinadas, existe “mercancía” humana inferior, con la que se puede “jugar”, el mismo principio que justifica los experimentos con animales se aplica de nuevo y justifica hacer lo mismo con humanos. Pero no hay que remontarse a los nazis. ¿Cuándo pedirá la ciencia hacer experimentos con humanos cuya utilidad es nula para la sociedad? ¿Los reclusos de cadena perpetua, los incapacitados, los ancianos, los indigentes, todos los olvidados de la sociedad, no serían algún día un excelente recurso para la investigación científica práctica?

No podemos permitir que el principio de la experimentación en seres inocentes e indefensos sea considerado como el motor de la investigación y el progreso científico. No lo es. De hecho, lo retrasa, y además está mal desde cualquier perspectiva ética y moral.

Es una farsa que debe llegar a su fin.



[LA REVOLUCIÓN VEGANA: Por qué y cómo avanzamos hacia la próxima etapa de la historia](#)